El «Francesismo»

José María Eça de Queiroz

Hace ya muchos años que lancé esta fórmula: *Portugal es un país traducido del francés a la lengua vernácula*. La frialdad, la irritación con que fue acogida, me probó irrefutablemente que mi fórmula era sutil, exacta, y que se ajustaba a la realidad como un guante. Y para mantener en ella la inapreciable ventaja de la exactitud, me vi muy pronto obligado a alterarla, de acuerdo con la observación y la experiencia. Y la lancé de nuevo, perfeccionada de esta forma: *–Portugal es un país traducido del francés a la jerga de arrabal*. Y esta vez mi fórmula fue acogida con simpatía, con regocijo, y rodó de mano en mano como una moneda de oro bien acuñada y resplandeciente, que es agradable mostrar y hacer retiñir sobre el mármol de los cafetines. Y la encontré brillando en un almanaque, en una comedia del Príncipe Real[1] y en un sermón. ¿Por qué se produjo esta nueva y cariñosa acogida? ¡Quién sabe! Tal vez porque la idea de lo vernáculo resultaba desagradable, sugería la pedantería, el conservadurismo, la Academia de las Ciencias, el polvito de rapé y otras cosas antipáticas. Mientras que la idea de jerga nos sugiere, sobre todo a los lisboetas, la alegre chanza, el bacalao encebollado, el Chiado[2], el Grémio[3], la merluza frita en el campo, en tardes de sol y polvo, y otras delicias, de las que yo, ay de mí, me encuentro aquí privado.

En cualquier caso, bien a la manera de Curvo Semedo[4], el clásico, bien a la manera de Zé Pinguinhas[5], el fadista, es evidente que hace

[1] *Teatro Príncipe Real, hoy desaparecido. Fundado en 1864 y situado en la rua da Palma, en el actual Largo Martim Monis, en la Baixa, cerca del Rossio. Este teatro era muy frecuentado por las clases populares.*

[2] *Zona central de Lisboa donde se localiza el corazón del escenario queirosiano, con sus hoteles, restaurantes, pastelerías, clubes, teatros, casinos, etcétera, presentes en la mayoría de sus escritos.*

[3] *Club literario del que Eça era socio, situado en la rua de São Francisco, hoy rua Ivens, nº 37. Fue fundado en 1846 por Almeida Garrett y Rodrigo da Fonseca Magalhães. Se trata de uno de los lugares más emblemáticos de la literatura del autor de* Los Maia.

[4] *Curvo Semedo, poeta portugués (1766 - 1838), fue uno de los más distinguidos miembros de la academia literaria «Nova Arcadia», donde recibió el nombre poético de Belmiro Transtagano. Cultivó una gran variedad de géneros y tradujo las* Fábulas *de La Fontaine.*

[5] *Zé Pinguinhas o José das Pinguinhas, fadista noctámbulo, bohemio y amante de la bebida, era un personaje popular de la Lisboa ochocentista. Pinguinhas deriva de* pinga:

cuarenta años, desde la Patuleia[6], Portugal está inclinado sobre el pupitre de la escuela, muy aplicado él, con la punta de la lengua fuera, elaborando su civilización, como si fuera un arduo tema, que va vertiendo de un grueso modelo abierto delante, que es Francia. ¿Quién puso allí el modelo para que Portugal lo copiase, con sus trazos gruesos y sus perfiles? Tal vez los hombres de 1820[7], tal vez los románticos de la Regeneración[8]. Yo no fui, y sin embargo he sido acusado con acritud, en los periódicos, o en esos pedazos de papel impreso que en Portugal pasan por periódicos, de ser *extranjerizante*, *afrancesado*, y de contribuir, con la pluma y con el ejemplo, a *desportuguesizar* Portugal. Se trata de uno de esos errores de salón en los que tan fértil resulta la frivolidad meridional. En lugar de ser el culpable de nuestra desnacionalización, soy uno de sus melancólicos resultados. Apenas nací, apenas di los primeros pasos, aún con zapatitos de *crochet*, comencé a oler a Francia. En torno a mí no había más que Francia. Mi más remoto recuerdo es el de escuchar, en las rodillas de un viejo criado negro, gran lector de literatura de cordel, las historias que él me contaba de Carlomagno y de los Doce Pares. Por supuesto que había allí grandes lecciones de valor, de lealtad, de heroísmo: pero eran virtudes caballerescas que se ponían a prueba en los montes de Provenza o de Navarra. De caballeros portugueses, que acuchillasen a los moros, nunca me contaron ninguna historia junto al fuego. Mi negro también leía cuentos tristes de las aguas del mar. Eran las aventuras de un tal Juan de Calais. Las naves se hundían, los gavieros gritaban *tierra*, pero todo ocurría en los fríos mares de Bretaña. De navegantes portugueses, en galeones portugueses, jamás me contaron ninguna historia junto al fuego.

Después me enseñaron a leer: y el Estado, que a buen seguro tenía interés en que yo supiese leer, y que a través de sus Instituciones Públicas, había considerado prudentemente el libro que más me convenía como lección moral y patriótica, me puso en las manos un volumen

«trago», «aguardiente» en portugués. (Debemos esta información a la amabilidad de A. Campos Matos, autor del Dicionário de Eça de Queiroz, *Caminho: Lisboa, 1993).*

[6] *La decisión de la reina Doña Maria II de llevar al poder a los cartistas, alegando la defensa de la Carta Constitucional de 1826, llevó a los* setembristas *(defensores de la más liberal Constitución de 1822) en noviembre de 1846, a iniciar una revuelta en Oporto, que se extendió rápidamente, y que se conoce popularmente con el nombre de «Patuleia».*

[7] *En 1820, en la mañana del 24 de agosto, tuvo lugar en Oporto la revuelta liberal que pondría fin al periodo absolutista denominado* Regência Inglesa.

[8] *El concepto de Regeneración se aplica en Portugal al periodo que va de 1851 a 1868, durante el cual se dieron profundas transformaciones en el país, decisivas para la instauración de una sociedad moderna y burguesa.*

traducido del francés, titulado *Simón de Nântua*. Eran las aventuras de un hombre justo: abundaban allí los ejemplos de modestia, de diligencia, de caridad, de pudor; pero todas esas virtudes, delicadas e íntimas, se exhibían lejos, en Dijon, en Alsacia y en las posadas de Picardía. De modo que, para mí, todos los justos, al igual que todos los héroes, sólo en Francia se daban en su perfección, como los espárragos; en esa Francia de donde venía todo lo que es amable, de donde yo mismo había venido, como otros niños, en un azafate de alhucema y clavo. Después comencé a ascender el duro calvario de las reválidas. Desde ese momento lo más importante para el Estado era que yo supiese bien francés. Claro que el Estado me enseñaba otras disciplinas, entre las cuales había dos, grotescas y horrorosas, que se llamaban, si no recuerdo mal, Lógica y Retórica. Una estaba destinada a que supiera pensar bien, y la otra, correlativamente, a que supiera escribir bien. Yo tenía entonces doce años. Para que supiese pensar, el Estado y sus profesores me forzaban a memorizar a diario varias páginas de definiciones de fórmulas misteriosas, que contenían la esencia, el secreto de las cosas, compiladas del francés, de viejos compendios de escolástica. ¡Era terrible! El catedrático, tozudo y taciturno, preguntaba:

– ¿Cuántos son los imposibles?

Y yo, con voz clara, tenía que repetir como un papagayo:

– Dos. El imposible físico, que el hombre no puede hacer, pero Dios sí puede; por ejemplo: resucitar. El imposible metafísico, que ni al hombre ni a Dios mismo le es permitido, como, por ejemplo, que una cosa, al mismo tiempo, sea y no sea.

«Que ni a Dios mismo le es permitido» ¿Así que había alguna cosa que ni a Dios le era permitida? ¿Y quién era entonces ese otro poder, que, más omnipotente, más por encima de las nubes, no se lo permitía? Mi catecismo, traducido también del francés, con la aprobación de un obispo francés, me enseñaba, por otro lado, que Dios es absoluto, de ilimitado poder, y que sus vastas manos, que hicieron el universo, pueden también deshacerlo. ¿Cuál de los dos libros que el Estado me imponía tenía razón? ¿El catecismo? ¿La lógica? Duda pavorosa, primer tormento del alma, donde sólo veía algo seguro: la R, la *raposa*[9]. Pero muy pronto comprendí que esta lógica, junto con la divertida, jocosa, incomparable retórica, que tuve que memorizar durante todo un año,

[9] *R de* reprovado, *que en portugués significa «suspenso en un examen».*

eran disciplinas en las que el Estado no tenía interés en que yo fuese perfecto. Su deseo se concentraba por completo en que supiera mucho francés. Cuando llegué a Coimbra en la diligencia, para hacer el examen de lógica, retórica y francés, el presidente de la mesa, profesor de Instituto, viejo amable y menudo, de muy aseado manteo, les preguntó en seguida a las personas cariñosas que por mí se interesaban:

– ¿Sabe bien francés?

Y cuando le fue garantizado que yo recitaba a Racine tan bien como el viejo Talma, el buen viejo lanzó las manos al aire, con un inmenso alivio.

– ¡Todo perfecto entonces! ¡Ya tenemos un hombre!

Y todo fue perfecto. Recité a Racine, tan majestuosamente como si Luis XIV fuese el catedrático, recogí mi *nemine*, y por la tarde, una cálida tarde de agosto, me comí con delicia una fuente de arroz con leche en la posada del Paço do Conde. Y desde entonces nunca he salido del francés. Cuando en el último año del Bachillerato, el estado, súbitamente, se acordó de que era conveniente que yo tuviera algunas nociones sobre el universo, fue a través de un compendio francés, el *Langlebert*, como me relacioné con los tres reinos de la naturaleza. Conocí más tarde en París a ese Langlebert, que es médico, en el barrio Latino. Le conté cómo en las páginas tan sabiamente compiladas por él, había aprendido de memoria la fórmula química del agua y la teoría del pararrayos. Langlebert, mesándose risueño la espesa y larga barba, me miró con ternura, como a un bárbaro del que se saca provecho:

– Oui, oui, vous n'avez pas de ces livres là-bas... Et j'en suis bien aise! Ça me fait une jolie rente...

¡Seguro que sacaba una buena renta de que no tuviésemos esos libros *acá abajo*!

Otros sacaban también buenas rentas, ellos o sus editores, porque, nada más entrar en la Universidad, fui abriendo mi surco de licenciado por medio de libros franceses. Derecho Natural, Derecho Público, Derecho Internacional, todos los Derechos, en compendios o tratados, eran franceses, bien compilados abiertamente del francés, bien secretamente rapiñados del francés. Y, sobre la mesa de pino azul de mis compañeros de casa, sólo se apilaban libros franceses de matemáticas, de cirugía, de física, de química, de teología, de zoología, de botánica. ¡Todo francés! Algunas lecciones eran dadas en francés, por preclaros

catedráticos, cargados de condecoraciones, que pronunciaban *il faut*: «ile faúte». Aquel cuerpo docente nunca tuvo la suficiente actividad intelectual como para hacer sus propios compendios. Y sin embargo, Coimbra hervía de catedráticos, que por supuesto que disponían de tiempo libre. En mi época eran innumerables: mozos y viejos, atildados y andrajosos, castos y depravados, y seguro que todos disponían de tiempo libre; pero lo empleaban en la política, en el cultivo de sus tierras, en el billar, en los placeres familiares, en el trabajo de dominar por el terror a los pobres estudiantes encogidos en sus hábitos; y el saber necesario para confeccionar *los apuntes* iban a buscarlo todos los meses a los libreros de la calzada, que lo recibían de Francia, en cajones, por el paquebote de El Havre.

Hasta entonces, como es natural siendo un simple estudiante, del vasto mundo sólo había visto, sólo me había interesado, por ese detalle que más se relaciona con el estudiante: el manual. Y sólo encontraba y sólo olía el francés. Más adelante, al comprender que por aquel método de memorizar todas las noches, a la luz del aceite, unos papeles litografiados que se llaman *apuntes*, nunca llegaría a poder distinguir, jurídicamente, lo justo de lo injusto, decidí aprovechar mis años mozos para relacionarme con el mundo. Empecé por hacerme actor del Teatro Académico[10]. Hacía de *barba*. Y durante tres años, como *barba*, ora grave, opulento, de patillas grises; ora aldeano trémulo, apoyado en mi cayado, representé en medio de los ardientes aplausos de los estudiantes, todo tipo de papeles de comedia y de drama. Todo ello traducido del francés. A veces, intentábamos producir algo más original, menos visto que *La dama de las camelias* o que *El sombrero de paja de Italia*, nos reunimos, con papel y tinta; y entre aquellos muchachos, nacidos en pequeños villorrios de provincia, jóvenes, frescos, con todo el brillo de la imaginación, sólo surgió una idea: *traducir algo del francés*. Un día, no obstante, Teófilo Braga, harto de Francia, escribió un drama, conciso y violento, que se titulaba *Garção*[11]. Era la historia y el

[10] *En su etapa de Coimbra, Eça desempeñó durante tres años diversos papeles como actor en el Teatro Académico de la Universidad. Todos los que conocieron al escritor coinciden en señalar su innato talento para las tablas.*

[11] *Como actor del Teatro Académico de Coimbra, Eça interpretó el papel de Garção, en la pieza que escribió su compañero Teófilo Braga, titulada originalmente* Sede de Justiça. *La dirección del teatro cambió este título por el de* Resignação *y hoy hay que buscarla con el de* Poeta por Desgraça. *El asunto del drama es la persecución promovida por el marqués de Pombal contra el poeta Garção. La representación fue un fracaso, pero la actuación de Eça fue muy alabada.*

infortunio del poeta Garção. Yo representé a Garção, con calzas y melena, y estuve sublime; pero *Garção* fue acogido con indiferencia y frialdad. Un grito unánime resonó en los bastidores:

– Ahí lo tenéis... ¡Un fracaso! ¡No faltaba más! Obras portuguesas... Inmediatamente nos refugiamos en el francés y en Scribe.

El teatro, poco a poco, me puso en contacto con la literatura. Encontré, organizada y completa, una amplia sociedad literaria que de algún modo presidía el hombre, entre todos excelente y grande, que es más que una gloria de su patria, porque es una gloria de su siglo. Pero aparte de éste, al que las amplias y fecundas corrientes del saber contemporáneo no alteraban su peculiar índole, profundamente portuguesa, de isleño de buena casta, descendiente de navegantes del siglo XVI; el resto de esa deslumbrante camada parecía haber llegado la víspera del barrio Latino. Sobre las mesas, sólo había libros franceses; en las cabezas sólo susurraban ideas francesas; y la conversación, en medio de la humareda, adquiría invariablemente el picante regusto francés. ¿Qué leíamos? Sólo Francia. Toda Francia: desde Mery hasta Proudhon y desde Musset a Littré. Durante todo el tiempo en que vagué por las orillas del Mondego, creo que no abrí ni un solo libro portugués, a no ser, en vísperas de examen final y con infinita repugnancia, la *Novíssima Reforma Judiciária*. Pero conocía, como cualquiera de mis amigos, a todos los novelistas, a todos los poetas franceses; no sólo en su obra, sino también en su vida: sus amores, sus tics o su situación financiera. Fue por esa época cuando algunos camaradas y yo nos entusiasmamos por la pintura francesa... Resulta extraordinario, bien lo sé, si consideramos que entonces nos hallábamos a seis largos días de viaje del Louvre, y del Luxembourg, y del *Salon*. Pero contábamos con los críticos, con todos los críticos de arte, desde Diderot hasta Gautier, y era en su prosa donde admirábamos pasmados la austera sobriedad de Ingres o el apasionado colorido de Delacroix. Y en todo ello obedecía yo siempre a un impulso, a una gran corriente, como una hoja que flota en el agua.

Con mi diploma de licenciado en un canuto, me subí un día por fin a lo alto de la diligencia, despidiéndome de las vegas del Mondego. Precisamente en el mismo tejadillo iba un francés, un *commis-voyageur*. Era un coloso, con anteojos, áspero y brusco, con una maciza mandíbula de caballo, que, a medida que el coche rodaba, iba lanzando a través de los vidrios ahumados una mirada a las tierras de labor, a los

viñedos, a los pomares, como si los sopesase y calculase su valor, terrón a terrón. No sé por qué, me dio la impresión de ser un agiota valorando las tierras de un mayorazgo arruinado. Conversé con aquel animal, que pareció sorprendido de mi facilidad con el francés, de mi conocimiento del idioma y de la política de Francia, de la literatura de Francia. De hecho, conocía yo a novelistas y a filósofos franceses que él ignoraba. Aún recuerdo el tono de paternal protección con que me dijo, dándome en el hombro, mientras rodábamos por la carretera y veíamos abajo, en el valle, el monasterio de Batalha:

– Vous avez raison, il faut aimer la France... Il n'y a que ça! Et puis, vous savez, il faut que nous vous fassions des choses, des chemins de fer, des docks, des choses... Mais il faut nous donner votre argent...

¡Creo que, en verdad, desde entonces le hemos dado *notre argent* a Francia generosamente!

En fin, llegué a la capital de Portugal, y recuerdo que la primera cosa que me impresionó fue el ver en una esquina un gran cartel, que anunciaba la representación de *coplas francesas*, en el Casino, por la brillante Madame Blanche, y por la incomparable «Blanchisseuse». Otra vez Francia, siempre Francia. Yo la había dejado dominando Coimbra, bajo forma filosófica; y venía a encontrármela ahora conquistando Lisboa, con las piernas al aire, bajo forma de cancán...

Comenzó entonces mi carrera social en Lisboa. Pero realmente era como si viviera en Marsella. En los teatros, sólo comedias francesas; en los hombres, sólo libros franceses; en las tiendas, sólo vestidos franceses; en los hoteles, sólo comidas francesas... Si en esta capital del reino, resumen de toda la vida portuguesa, un patriota quisiera aplaudir una comedia de Garrett, o comer un arroz al horno, o comprar una vara de *briche*[12], no podría.

Ni en los escenarios, ni en los almacenes, ni en las cocinas... En ninguna parte quedaba nada de Portugal. Sólo había remedos baratos de Francia. La particular atmósfera de chismorreo político, que es tan característica de Lisboa como la niebla de Londres, me obligó, a mi pesar, a enredarme también en la política. ¿En qué política? ¡Buena pregunta! ¡En la francesa! Porque entonces había en Lisboa toda una clase culta e importante de políticos «franceses»,

[12] *Tejido grosero de lana de color castaño.*

que en el Grémio, en la Havanesa[13], en la puerta del Magalhães[14], hacían una oposición cruel, amarga, inexorable, ¡al Imperio francés y al emperador Napoleón!

Claro que también había, en la Baixa[15], en el Passeio Público[16], imperialistas, que habían emprendido la campaña del Orden contra Rochefort, y contra Gambetta. Pero era una minoría. Lisboa entera le enseñaba los dientes al emperador. Como es natural, yo, que era mozo y ardiente, y estaba lleno de ideas de Libertad y de República; que rebosaba de odio contra esa patulea de los Rouher y los Baroche, que prohibían el teatro de Hugo y que habían llevado a Flaubert a la policía correccional; me arrojé entusiasmado a la oposición a las Tullerías. ¡Lo que conspiré! ¡Dios mío lo que conspiré! ¡Mi intención era afiliarme a la Internacional! Recuerdo que una noche, a propósito de no sé qué nuevo escándalo del Imperio, nos encontrábamos algunos en el Martinho[17], en torno a unos cafés, y exclamamos todos, pálidos de ira, cerrando los puños:

– ¡Esto no puede ser! Ya hemos soportado bastante. ¡Hay que hacer barricadas, hay que salir a la calle!

Salir a la calle, era la amenaza más terrible. ¡Y bajamos el escalón del Martinho! Luego, en la calle, bajo la cálida luna de julio, como oímos cohetes por la zona del Passeio Público, dirigimos hacia allí nuestros airados pasos, porque uno de nosotros, el más exaltado, se encontraba allí con cierta señora, en noches de castillos de fuego. ¡Ah, juventud, juventud, maravilla incomparable! ¿Dónde está el entusiasmo de entonces, la santa palidez que nos cubría el rostro ante el espectáculo de la injusticia, y la ternura que encontrábamos en las noches de mayo, y en los alegres cohetes del Passeio?

En cuanto a la política propiamente portuguesa, excuso decir que ninguno de nosotros sabía de verdad si el régimen que nos gobernaba

[13] *Famosa expendeduría de tabacos situada en el Chiado, fundada en 1865, era un lugar de encuentro y reunión de personalidades de la burguesía y de la política de Lisboa. Aparece, por ejemplo, en* El crimen del padre Amaro *y en* Los Maia.

[14] *Conocida sastrería situada en el Chiado, en el número 20-23 de la rua Garrett.*

[15] *Nombre por el que se conoce a la parte baja de la ciudad de Lisboa, mandada construir por el marqués de Pombal después del terremoto de 1755.*

[16] *Jardín enverjado situado en la Baixa de Lisboa que tuvo como origen una iniciativa del marqués de Pombal. Lugar muy frecuentado por la burguesía lisboeta.*

[17] *Café de gran tradición literaria situado también en la Baixa. Sus tostadas eran, según el Dr. Martinho de* La reliquia, *«las mejores de toda Lisboa». En* El primo Basilio *se elogia su sorbete.*

era la Constitución o el Absolutismo. De tales menudencias portuguesas no se ocupaban los hijos de Danton. Y en cuanto a las facciones parlamentarias de Regeneradores, Históricos y Reformistas[18], ni siquiera sospechábamos su existencia, nosotros, que conocíamos las menores *nuances* de la oposición francesa, y que distinguíamos las pequeñas sutilezas de opinión que dividían a Jules Favre y a Gambetta, a Picard y a Jules Simon.

Pero para qué continuar. No quiero escribir una página de memorias. Sólo quiero mostrar, a grandes rasgos, cómo yo, y toda mi generación (exceptuando algunos espíritus superiores, como Antero de Quental u Oliveira Martins) nos habíamos vuelto fatalmente franceses en medio de una sociedad que se afrancesaba y que, por todas partes, desde las obras del Estado hasta el gusto de los individuos, había roto con la tradición nacional, despojándose de todo ropaje portugués, para cubrirse (pensando, legislando, escribiendo, enseñando, viviendo, cocinando) con trapos llegados de Francia.

Esta generación creció, entró en la política, en los negocios, en las letras, y por todas partes llevó el francesismo de su educación, lo esparció por los libros, por las leyes, por las industrias, por las costumbres, y convirtió a este viejo Portugal de don João IV[19] en una copia de Francia, grosera y contrahecha. De suerte que, cuando yo, fui emergiendo lentamente de los harapos franceses en que esa educación me había enmarañado, y tuve conciencia de lo postizo y extranjero de nuestra civilización, pude decir que *Portugal era un país traducido del francés*, primero a la lengua vernácula, luego a la jerga de arrabal.

Pero se me dirá: –Todo eso es una pequeña minoría, compuesta por algunos políticos, algunos literatos, algunos banqueros y algunos mundanos; la inmensa mayoría del país, la burguesía de las ciudades de provincia, la gente del campo, permanece siendo portuguesa, y conserva en su sentir y en su pensar el hilo de la tradición, que sería fácil ir a buscar allí para continuar tejiendo con él nuestra verdadera civilización de índole portuguesa.

¡Qué gran error! Esa vasta mayoría no cuenta. Un país, en el fondo, es siempre algo muy pequeño: se compone de un grupo de hombres de letras, de hombres de Estado, de hombres de negocios y de hombres de

[18] *Partidos políticos portugueses surgidos a mediados del siglo XIX.*

[19] *Monarca portugués de 1640 a 1656, octavo duque de Bragança, fue escogido por los responsables de la Restauração para ocupar el trono de Portugal. Al fallecer dejó el reino política y militarmente organizado.*

club, que viven de frecuentar el centro de la capital. El resto es paisaje, que mal se distingue de la configuración de las villas o de los valles. Es la gente soñolienta de provincias, que poco se diferencia de los callejones, tortuosos y sucios, donde vegeta. Son los hombres del campo, que apenas se diferencian de las tierras trigueñas que siembran y riegan. Su única función social es trabajar y pagar. La dirección de un país viene precisamente dada por esa minoría de la capital. Si algún periodista y algún político de París quisieran que Francia fuera republicana, se proclamaría la república; si prefiriesen que hubiera monarquía, subiría un sujeto, con una corona sobre la cabeza, al trono de Luis XIV. No son los campesinos de la Beauce, ni los burgueses de Orleans, quienes escogen para Francia el gorro frigio bermejo o la severa corona. La moda de esa *coiffure* viene de París, de algunas redacciones del *Boulevard* o de los corredores del Palais-Bourbon. En la misma Inglaterra, con su amplia descentralización intelectual y social, la clase media no cuenta, porque, en realidad, los círculos electorales sólo en asuntos muy graves, en asuntos de dinero o de dignidad nacional, tienen una opinión propia y se hacen escuchar. En lo demás, ocupada de su trabajo, acepta sumisamente las opiniones de los clubes de Pall-Mall y de los periodistas de Fleet-Street, como acepta la forma de los paletós que, para la *season*, es decretada por los cortadores de Cook o de Poole. ¿Así que cómo será en Portugal, donde, fuera del pequeño centro de Lisboa, no hay vida intelectual ni social?

Lo que un pequeño número de periodistas, de políticos, de banqueros y de mundanos, decide en el Chiado que Portugal sea, eso es lo que es Portugal. Si un grupo decidiera mañana que Portugal fuese turco, a lo largo del país entero todos los sombreros de copa, todos los sombreros de ala ancha, todos los bombines, todas las gorras de Ovar, tenderán poco a poco a tomar más o menos la forma de turbante. Por ahora, sin embargo, todo es francés. A todas partes llega esta ola de francesismo surgida del Chiado, más fuerte en Oporto que en Guimarães, más visible en Guimarães que en Lamaçal de Bouças, pero perceptible para quien sabe ver por debajo de la superficie. Se pueden conservar las chanclas de orillo y seguir fieles al morcón de cerdo, pero por todas partes se da difusamente esa tendencia, esa aspiración, ese deseo oculto de no ser como fueron nuestros antepasados, sino de otra forma, como son por ahí fuera. Y «por ahí fuera» es Francia.

El padre de un amigo mío, en 1836 o en 1848, en un acceso repentino de odio a todo lo que le recordaba al viejo Portugal, tomó su antiguo mobiliario de ébano torneado y de asientos de cuero labrado, y en

un solo día vendió, quemó, sepultó en el sótano, dispersó todas aquellas formas vetustas que había heredado del pasado; luego corrió a un tapicero de la esquina, y compró, al albur, en un lote, un mobiliario francés. Lo que hizo ese hombre lo ha hecho todo Portugal. En una desesperada ruptura con el viejo régimen, lo rompió todo, lo estropeó todo, lo vendió todo. Y de repente se encontró desnudo; y como ya no tenía ni el carácter, ni la fuerza, ni el genio, para sacar de sí mismo una nueva civilización adaptada a su carácter y a su cuerpo, se metió a toda prisa en una civilización ya hecha, comprada en un almacén, que le queda mal, que no se ajusta a sus brazos.

Como acontece siempre en estas *toilettes* hechas a prisa, se ven aún, por debajo del atavío francés, los restos del traje rudo y primitivo. Portugal todavía usa alpargatas. Pero incluso allí donde este desventurado país usa alpargatas, tiene su corazón y sus anhelos volcados a la bota de charol puntiaguda, que viene de París. En una vieja ciudad de provincias, un amigo mío entró en una tienda, una tienda sombría que olía a moho, iluminada con aceite, para comprar un paraguas. Y, ¡oh espanto!, hete aquí que el tendero, un poco pálido, con levita de cutí, le pregunta, irguiéndose tras el mostrador con el *Gil Blas* en la mano: «¿Ha leído usted hoy esta deliciosa fantasía de Catulle Mendès?» ¡En aquella respetable tienda, donde su padre, en zapatillas, apilaba honradamente los *briches* y las *saragoças*[20], el miserable leía a Catulle Mendès! Más de lo mismo. Un día, en Braga, abro un periódico y veo este anuncio: «En la calle de tal, velas de cera, velones, cirios de calidad superior, todo lo más *pshutt* y *becarre* en este género.» ¡Oh, incomparable miseria! ¡Los maravillosos santos de nuestro calendario, patronos de nuestras casas, fieles y dulces protectores de nuestro hogar, iluminados en los altares con cirios *pshutts*, con haces de velas *becarre*! A este abismo ha llevado el francesismo, en la vieja y católica Braga, al venerable y patriótico negocio de la cera. ¡Pobre cera! ¡Pobre Braga!.

Pero es sobre todo en mi especialidad, en la literatura, donde esta copia del francés es más desoladora. Como aquellos patos que Zola describe tan cómicamente en *La Terre*, así vamos todos, en fila, lentos y vagos, a través del camino de la poesía y de la prosa, detrás del ganso francés. Cuando se encamina hacia la hierba, vamos bamboleando, pata aquí, pata allá, hacia la hierba; si se para, con el pico al aire, todos nos paramos, con el pico al aire. De repente abre las alas, da lentos sal-

[20] *Tejido grueso de lana oscura, fabricado en Zaragoza.*

titos, y ahí va la grotesca fila, lenta, dando saltitos, corriendo confiadamente hasta el charco. Hemos sido sucesivamente, a imitación del ganso francés, románticos, góticos, satánicos, parnasianos, realistas. Toda la incoherencia, toda la afectación, toda la extravagancia de una literatura en decadencia, ávida de originalidad, y que se descoyunta por el violento esfuerzo de encontrar una nueva cima que espante al público; es inmediatamente remedada en serio, con una melancólica gravedad –que es el fondo del carácter nacional– por una infinidad de muchachos honestos y simples.

Hace dos o tres años, ese colosal bromista y *cabotin* llamado Richepin, publicó un libro, *Les Blasphèmes*, donde sencillamente se proponía acabar de una vez, por medio de algunas brillantes rimas, con el sentimiento religioso de la humanidad, describiendo obscenamente la íntima inclinación de su padre y de su madre. Estábamos en casa de Oliveira Martins, y todos encontramos enormemente divertida esta nueva forma de respeto filial. Sin embargo, Antero de Quental no se reía.

Para nosotros esto es grave –dijo él. –Porque mañana van a aparecer por ahí, en todos esos periódicos, poesías de poetas jóvenes, que comenzarán así:

¡Mi padre era ladrón, mi madre meretriz!

Y no habían pasado ni veinte horas cuando todos, con el espanto de aquella profecía, leímos, en periódicos de Lisboa y de Oporto, poemas en que muchachos muy honestos, de honradísimas familias, acusaban a sus madres de prostitución y trataban a los padres de «lúbricos machos». Ahí es adonde nos lleva Francia.

Pero si los que escriben o garrapatean viven de Francia, los que leen o los que sólo hojean se nutren exclusivamente de Francia. Quien pasea por las calles de Lisboa ve que en los escaparates de los libreros sólo hay libros franceses; y cuando se entra en las casas y se penetra en la sociedad, allí sólo se descubren (en cuanto la conversación se eleva por encima de los asuntos locales) lecturas francesas, simpatías francesas, frases francesas. Casi toda nuestra juventud culta recibe su luz intelectual del *Figaro*. Y el muy banal y muy mediocre Wolf es todavía, para muchos hombres inteligentes, el representante del espíritu francés. Porque hay que advertir que tanto los que escriben como los que leen, toman ingenuamente el *Boulevard* por Francia. Más allá de Francia no se conoce nada, y es como si, literariamente, el resto de Europa fuese

un inmenso y silencioso erial bajo la bruma. De nuestra vecina España, nada sabemos. ¿Quién conoce ahí los nombres de Pereda y de Galdós? La literatura inglesa, incomparablemente más rica, más viva, más fuerte y más original que la de Francia, es tan ignorada, a pesar de que generalmente sabemos inglés, como en los remotos tiempos en que veinte largos y fatigosos días eran necesarios para ir de Lisboa a Londres. Hace algunos años, un personaje, un político, un hombre de Estado me preguntaba, con aires de suficiencia y de superioridad:

– ¿Allá por Inglaterra hay algún tipo de literatura?

Y muy recientemente un hombre extraordinariamente culto, que conoce perfectamente el inglés, me decía:

– Con respecto a la literatura, me imagino que debe ser algo muy brillante y espléndido, pero, a excepción de Dickens, que murió hace veinte años, no puedo citar un solo nombre, y de ningún otro puedo citar ni una sola línea.

Y sin embargo, no es curiosidad lo que nos falta. Pero estamos pegados a las faldas de Francia, como a las de una vieja amante, a la que nos encadenan el vicio y la costumbre, y de quien no osamos separarnos, para irle a hablar a una mujer más interesante y más joven. Hace ya tiempo, en la corta distancia que separa el Rossio[21] del Loreto[22], fui asaltado por seis o siete personas, que me agarraban del brazo, que me arrastraban hasta una esquina, para preguntarme ansiosamente: «¿Quién es una tal Rhoda Brougton que escribe novelas?» Iba yo a indignarme, pensando que esto era una *scie* montada contra mí, cuando me enteré de que el *Figaro* de la víspera traía un artículo sobre la graciosa y aguda creadora de *La familia Maubrey*.

De la rica y grande literatura de Alemania, podemos decir, como mi amigo: ¡ni un nombre que citar, ni una línea que recordar! Y si ahora conocemos algunas novelas rusas, es porque «están de moda» en el *Boulevard*.

Pero, pregunto yo, ¿este *collage* con Francia, esta imitación, esta preocupación por Francia, es una tendencia fatal, necesaria, de temperamento, de filiación, de similitud, a la que no podamos escapar, como

[21] *La Praça do Rossio es el núcleo principal de la Baixa y uno de los espacios urbanos más citados en la novelística queirosiana. En el lado occidental se encontraba la casa de los padres del escritor.*

[22] *Largo do Loreto, desde 1925 Largo do Chiado. Aquí se sitúan la casa Havanesa y el desaparecido Hotel Alliance.*

Dinamarca no puede escaparse de imitar a Alemania, o como Bélgica no puede liberarse de imitar a Francia? No lo creo. El danés es un alemán desteñido. Bélgica es una edición barata de Francia. Pero no hay ninguna similitud de temperamento, de carácter moral entre nosotros y Francia. Nada más diferente de un francés que un portugués. No puedo comprender qué satisfacción, qué gozo pueda hallar el espíritu portugués en nutrirse, en impregnarse de las creaciones del espíritu francés. Francia es un país de inteligencia, nosotros somos un país de imaginación. La literatura de Francia es esencialmente crítica; nosotros, por temperamento, amamos sobre todo la elocuencia y la imagen. La literatura de Francia es, desde Rabelais hasta Hugo, social, activa, militante. La nuestra, por tradición e instinto, es idílica y contemplativa. No es sólo por una fría imitación de Teócrito y de los bucólicos latinos por lo que nosotros, desde Rodrigues Lobo[23] hasta los elegíacos de la Arcádia[24], amamos las églogas pastoriles: es porque somos realmente un pueblo que se complace en estarse quieto entre las choperas, en ver correr las dulces aguas, pensando en cosas de melancolía. Fuimos a la India, es cierto, pero han pasado casi tres siglos y todavía estamos descansando, derrengados, de aquel violento esfuerzo al que nos obligaron algunos aventureros que tenían muy poco del fondo común de nuestra raza, y que, a juzgar por Afonso de Albuquerque[25], debían ser de origen fenicio, puros cartagineses, tal vez de la familia de los Barcas. En fin, que el símbolo de Francia será eternamente el gallo, el gallo petulante y lustroso que canta claro, con una limpidez de clarín, en el fresco arrebol de la mañana, y nuestro emblema es y será eternamente el ruiseñor, que gime en la espesura mal iluminada de las arboledas, el ruiseñor «amoroso y pesaroso» que hace llorar a Bernardim[26].

El alma de un pueblo se define muy bien a sí misma por los héroes que escoge, para amarlos y para rodearlos de leyenda. El gran rey de los franceses, es y será siempre Francisco I, enorme, robusto, ligero, que ríe en voz alta, que pelea con valentía, que ama con mayor valentía

[23] *Francisco Rodrigues Lobo, poeta portugués (1573/74 -1621).*

[24] *Academia literaria portuguesa de la segunda mitad del siglo XVIII, cuyo objetivo era el retorno a los estilos y géneros de inspiración grecolatina o del renacimiento portugués. Fue la primera academia en aceptar que no se utilizara la rima. Los principios de la Arcadia fueron más tarde retomados por la Nova Arcadia de Curvo Semedo.*

[25] *Militar portugués (1462-1515), fue virrey de la India. Gracias a su labor como estratega militar y diplomático, se crearon las bases del Imperio Portugués de Oriente.*

[26] *Bernardim Ribeiro, poeta y novelista portugués de los siglos XV y XVI. Poco se sabe sobre su biografía. Fue el iniciador de la poesía bucólica, es autor de* Menina e Moça *y de una considerable obra lírica.*

aún, radiante, que goza generosamente de la vida, poeta en algunos momentos, artista por ostentación, y conversador eterno... Nuestro héroe genuino, y esto lo resume todo, es el poético y pensativo Don Sebastián[27].

Ahora bien, si ninguna afinidad de ideas, de sentimientos, de naturaleza, de temperamento, nos une irremediablemente a Francia, ha de resultarnos fácil, sin duda, el separarnos de ella, sin que se desgarren las mismísimas raíces de nuestra sociedad. Sólo estamos unidos a la superficie, somos un parásito. Y si nos desprendiéramos de ese gran cuerpo de donde chupamos para vivir, podríamos, sin adelgazar demasiado y sin deterioro de nuestro organismo, ir a buscar en otro cuerpo social la vida de nuestro espíritu. Como parásitos prudentes, y el portugués es prudente, podemos tal vez preguntarnos a nosotros mismos, si nos conviene continuar chupando la piel francesa, y si ésta ofrece realmente todos los elementos de una alimentación suficiente para que, como una pulga obstinada que pica el seno reseco de la osamenta de una vieja, donde ya no hay ni savia ni sangre, no nos quedemos mordiendo y chupando donde no hay sangre ni savia que nos alimente.

Es hora, pues, de considerar si nos conviene, como *table d'hôte*, la literatura de Francia, a nosotros, parásitos, que en cuestiones de literatura y de todo lo demás, vamos a comer a las casas ajenas. Resueltamente digo que no nos conviene. La literatura francesa, en este último cuarto de siglo, sufre de un oscurecimiento, de un ocaso de sol entre las nubes, del que su genio saldrá sin duda más radiante e iluminado; pero por ahora sólo hay en ella una gran sombra que pasa. De arriba abajo, de las regiones del alto saber y del alto pensar hasta la literatura del *Boulevard*, hay un debilitamiento, un desequilibrio, un enervamiento, que por un lado lleva a la extravagancia, y por el otro a la banalidad. ¡Extravagancia! ¡Banalidad! El grande, luminoso, exacto, crítico espíritu francés, está oscilando ahora entre estos dos defectos sobre la línea de la creación literaria, bien dando saltos grotescos con el desagradable Richepin, bien extendiéndose, chatísimamente, longitudinalmente, con el detestable Ohnet. Véase la más alta figura literaria de Francia, y la más francesa: Renan. Espíritu de la más refinada y sutil agudeza críti-

[27] *Monarca portugués (1554 – 1578), conocido como «el deseado». Su muerte en la batalla se Alcazarquivir hizo surgir el mito del sebastianismo, corriente que afirmaba que don Sebastián no había muerto en dicha batalla, y que volvería para restaurar la independencia del reino (bajo dominio español desde 1580). Otros ven en el sebastianismo el deseo del regreso a una gloria nacional perdida, independientemente de la figura de don Sebastián.*

ca, saturado de saber, en posesión de la más luminosa y bella de las lenguas, con lo mejor de Racine y lo mejor de Voltaire en sus manos, pero con algo más aterciopelado y más acariciador, que seduce, que irresistiblemente arrastra el alma, ¿qué enseña, hoy, este Maestro, este francés, que impera con la doble influencia de la fina crítica y de la forma perfecta?

Este Maestro nos enseña sencillamente que nada en la tierra tiene valor o importancia, más que los gozos de ofrece el amor, o el olvido que proporciona la muerte. Ciertamente, en buena filosofía, las dos cosas están relacionadas: la muerte y el amor; aquí hay una gran lógica. Pero no por ello deja de ser el más grave síntoma de la decadencia intelectual de Francia que este Maestro, este sabio, no abra los labios ni coja la pluma más que para mostrarnos alternativamente la alcoba o el cementerio. Y si descendemos de Renan a la gran masa de la literatura, la desorientación es aun más señalada. En la novela, que es la forma preferida del arte moderno, vemos más que en ninguna otra la banalidad y la extravagancia, instintivamente usadas para los dos grandes fines, para los dos grandes objetivos de todo el esfuerzo parisiense: ganar dinero y asombrar a la galería; el beneficio o la vanagloria. Dentro de la banalidad, con mejor o peor criterio (ya que es tal el refinamiento moderno que incluso en la banalidad hay que hacer distingos), tenemos dos o tres individualidades que dan el tono mientras las de detrás afinan. Tenemos al señor Ohnet, al mediocre señor Ohnet, que gana cientos de miles de francos, que construye, con pluma fácil, para uso de una amplia democracia igualitaria que tiene un fondo de educación aristocrática, escenas burguesas, donde propietarios de fraguas, contratistas, dueños de almacenes de retales, donde toda una clase industrial, aparece con los sentimientos de caballerosidad, orgullo, heroísmo y romanticismo, que esa pequeña burguesía estaba acostumbrada a admirar secretamente en la clase aristocrática, en la gente de espada y privilegios, en los *grands seigneurs*. Tenemos después al señor Bourget, un parisiense con un ligero toque de inglesismo, como pide la moda, que lleva hasta el Faubourg Saint Germain, en un fiacre, sus métodos psicológicos, de una psicología que huele bien, que huele a opopánax y dándose un aire infinitamente profundo, agita los corazones y las sedas de las señoras, para revelarnos secretos que todo el mundo sabe, con un estilo que todo el mundo posee.

Por otro lado, gesticulando violentamente, hay un pequeño grupo de extravagantes, que se contuercen, que se fatigan para encontrar algo inesperado que haga que se detengan los *badauds* en el *Boulevard*, a

los que efectivamente asombran a veces como experimentados saltimbanquis, pero que en el momento en que acaban con sus cabriolas, jadeantes, son olvidados por el hombre serio, que se para a mirar y que pasa de largo. Todo esto es francés, especialmente nacido de las exclusivas condiciones de París, y no veo nada en ello que tenga que admirar o imitar un honesto bárbaro que viva en la parte de acá de los Pirineos. Y de todos estos novelistas, quizás aquellos que pudiéramos imitar con mayor utilidad, son los muy simpáticos y estimables Verne y Boisgobey, que al menos, con sus viajes y sus intrigas, son un encanto providencial para los niños y los convalecientes.

En la poesía francesa, tan admirada entre nosotros, la decadencia es aún más grande. Los franceses nunca han sido poetas, y la expresión natural del genio francés es la prosa. Sin una profunda, religiosa, ardiente emoción, no hay poesía; y Francia no se conmueve, permanece siempre en un razonable equilibrio de sentimiento y de razón, que enseñorea su clara inteligencia. Los clásicos de la poesía francesa, Mathurin Regnier, Boileau, La Fontaine, son precisamente los hombres sensatos, de fría crítica, de honesta moral. En Francia, los buenos conocedores de la poesía admiran sobre todo a los poetas cuando éstos tienen en alto concepto esas cualidades superiores, que son, en realidad, cualidades de la prosa. La majestuosa limpidez de Racine, la gracia sutil de La Fontaine, serán el eterno encanto de Francia. Víctor Hugo, con su violento vuelo lírico, con el esplendor de su verbo, obtuvo la admiración, pero nunca obtuvo la estima literaria de Francia. Y los poetas más estimados hoy en Francia lo son todavía por cualidades que pertenecen a la prosa: Coppée, por su espontaneidad clara y concisa; Leconte de Lisle, por su magnificencia lapidaria. La poesía francesa son prosa en alejandrinos. Baudelaire escribía primero en prosa sus poemas.

Francia nunca ha tenido un solo poeta comparable a los poetas ingleses, a Burns, a Shelley, a Byron, a Keats, hombres de emoción y de pasión, tan poéticos como sus poemas; pero hoy ¿qué poeta hay en Francia que pueda ponerse al lado de Tennyson, de Browning, de Rossetti, de Mathew Arnold, de Edwin Arnold, de Austin, etcétera? Un solo poeta francés poseyó la emoción: Musset. Colocado en el centro del romanticismo, agitado por vastas corrientes de emoción, que procedían de Inglaterra y de Alemania, dotado de una exaltación natural, apasionado, ardiente, inspirado, este singular francés sufrió y cantó como sufrió; y sin dejar de ser francés, fue profundamente humano. Pero la Francia culta, literaria, se negó durante mucho tiempo a ver en

él a un gran poeta. Dice Pablo de Musset, que, cuando aparecieron en *La Revista de Dos Mundos* las *Estancias a la Malibran* y *Las noches*, los auténticos hombres cultos permanecieron fríos. Pero como en aquella poesía había, expresadas con sinceridad, cosas que son eternas (la juventud, el amor, la voluptuosidad, el dolor), Francia, poco a poco, se sintió atraída por aquel canto vivo y doloroso. La simpatía de las mujeres venció la resistencia de los críticos. Musset es hoy, oficialmente, un gran poeta, pero no ha llegado a ser un clásico. Y Francia mantiene ante él una reserva, que es una mezcla de amor y desdén, lo rechaza y lo ama, y siente que posee en aquel hombre, que Europa tanto le aclama, a un poeta que es al mismo tiempo mediocre e inmortal.

Además, la inteligencia y la poesía raramente van juntas. Sólo conozco a un hombre, una excepción, en el que el sumo genio poético se alía con la suma razón filosófica. Se trata de nuestro Antero de Quental. En sus *Sonetos*, expresa eso tan raro y tan extraño que es el dolor de una inteligencia. Es una gran razón que se debate, que sufre, y que formula los gritos de su sufrimiento, sus crisis, su agonía filosófica, con un ritmo espontáneo, de la más sublime belleza poética; cada soneto es el resumen poético de una agonía filosófica. Por ello Alemania se lanzó sobre este libro de sonetos (que Portugal no ha leído) y los tradujo, los comentó, los fijó religiosamente en su literatura, como algo raro y sin precedentes, como una perla excepcional de extraño origen, única en el gran tesoro de la Poesía Universal. Pero en Francia no hay estas cosas. Su clara inteligencia le ha vedado los triunfos poéticos. Después de la pasajera emoción de Musset, Francia recayó más que nunca en la poesía que se admira porque tiene las cualidades de la prosa.

Y esto, naturalmente, debía conducir y condujo, en un momento en que toda la literatura decae, y en el que todas las emociones se desvanecen, y el espíritu crítico se embota por momentos... debía conducir y condujo a la banalidad o a la extravagancia. Pero si la porción de banalidad es grande en la novela; los poetas, que están naturalmente más lejos del gran público, se han visto forzados a llamar la atención con más violencia, y, en un ansia de originalidad y de novedad, se han precipitado en masa hacia la extravagancia. De ahí proceden todos esos movimientos como el satanismo que acabó en otro, llamado, Dios me perdone, ¡el nerviosismo! Pero ahí aún existía el deseo, en el fondo intelectual, de provocar un estremecimiento, un nuevo estremecimiento del alma.

Al final, cualquier intención intelectual fue puesta al margen y quedó sólo la preocupación meticulosa, exquisita, por la forma; por una

forma que tuviera la máxima originalidad con el máximo relieve. El sentir fue sustituido por el cincelar; y una estrofa, un soneto, fueron trabajados con las labores, con los pulidos, con los retorcimientos, los engastes, los fulgores de un broche de filigrana, y mantuvieron sólo, como la filigrana, un valor de acabado agradable a la vista, pero que deja indiferente al espíritu. Estos hombres se llamaron a sí mismos los parnasianos y, entre nosotros los meridionales, que amamos la artesanía y el acabado, el brillo, el lujo de la forma, ejercieron una devastadora influencia. A ellos se debe ese estilo delirante, que en Portugal, en estos últimos años, han convertido la poesía en algo cómico y grotesco.

Pero incluso en Francia, su influencia, o mejor dicho su contagio, no fue menos lamentable. No hay nada más tiránico que la moda en las formas: la bota puntiaguda, si está de moda, se impone irresistiblemente a los espíritus más profundos; y la cabeza de artista donde brillen las ideas del más puro gusto, o donde circulen los más profundos sistemas, se somete resignadamente a los sombreros que decreta en Londres *The Journal of Fashion*. A nadie le gusta aparecer por la calle peor atildado que su conciudadano, tanto en la chaqueta como en el estilo. De este modo, venerables poetas franceses, ya entrados en los días de la vejez, han caído en el parnasianismo. Hasta Autran y Laprade le dieron una capa de esmalte nuevo, con los colores de moda, a sus severos y sustanciosos alejandrinos. Y hemos visto al bardo Banville, el amable y fecundo bardo que desde 1830 cantaba *de omni re scibile*[28] en una lira fácil y profusa, bajar al *Boulevard* y asombrar a la multitud, más fecundo y amable que nunca, con ritmos y rimas tan abigarrados, tan descoyuntados, que no se sabía bien si lo que cabrioleaba y relucía en el papel, eran los versos de un poeta o las bolas de un prestidigitador.

Pero esos tiempos de los parnasianos eran sin embargo buenos tiempos. Hoy, cuando los poetas aclamados después de la generación de Hugo, de Lamartine, de Gautier: los Prudhomme, los Lisle y otros, han entrado en la Academia y en el silencio, y cuando su saludable influencia se ha ido enfriando como un sol que declina, rompió con el crepúsculo una inmensa, desenfrenada orgía en el Parnaso francés. Tan desenfrenada, que las personas tímidas y honestas no se arriesgan a acercarse y, como en los tiempos de Baco, los hombres graves se detienen aterrados en la llanura y contemplan desde lejos, sin atreverse a mirar de cerca, el paso de los cirios y los gritos de los coribantes que

[28] *De todo lo que se puede saber.*

llenan de desorden, de zumba y de escándalo, la espesura del bosque sagrado.

Al menos yo, educado con Musset y con Hugo, no oso aproximarme a esos coribantes y a sus libros. Nunca he abierto uno de esos libros amarillos, dentro de los cuales se ensartan estrofas con algarabías y gritos intolerables. Sólo sé que esos jóvenes se llaman a sí mismos, con una sublime sinceridad, los *decadentes*, los *incoherentes*, los *alucinados*. Tienen sus *coteries* –sus colegios sacerdotales como quien dice–, celebran en común sus ritos, y, como todos los colegios sacerdotales, redactan sus anales, en cuadernillos que se llaman *Diario de los Incoherentes*, *Revista de los Alucinados*... Como se muestran celosos de sus prerrogativas y detestan a las cofradías rivales, todo el tiempo en que no deshonran el monte Olimpo, con descomunales orgías de ritmo, se lo pasan, como los gramáticos del Bajo Imperio, discutiendo sobre méritos y preeminencias relativos a su escuela. De este modo, algunos poetas declaraban en todos los periódicos que Fulano de Tal, poeta, no era de ninguna manera el jefe de los incoherentes, y que el ilustre jefe de los incoherentes, el hombre inspirado y supremo, que resumía en sí toda la incoherencia, era Verlaine, sólo Verlaine, y ningún otro. Y Verlaine, sin disputa, conserva la corona de la incoherencia.

Hay que decir, sin embargo, que aquí hay talento. Incluso mucho talento, una maravillosa destreza en el oficio, una soltura de mano que sorprende, una técnica de la rima, una abundancia de colorido, un arte del detalle que maravilla. Sólo que entre estos millares de versos admirables no hay ni un solo verso poético. Estos poetas no tienen poesía, y, entre tanto talento, no se encuentra una sola alma.

Traducción: Raquel Aguilera y Javier Coca